

MONUMENTOS DE OLIVA

XI.- EL CARRER DE LES MORERES

Pese a que Oliva se halla bien saturada de tipismo en sus calles, no creemos exagerar ni aventurarnos demasiado, si al pie de estos magníficos y primorosos dibujos con que hoy nos deleita nuestro distinguido paisano, calificamos a la calle de Las Moreras como una de las más típicas y tal vez la más singular de cuantas forman nuestro conglomerado urbano.

Está construida en el mismo arranque de la falda del monte Santa ana, esto es, precisamente donde, de una manera perfectamente definida, termina la pendiente pronunciada de la montaña, para iniciarse la suave transición al llano de la huerta. Tan perfectamente delimita estas dos zonas, que en su perfil transversal y la estructura misma de la calle, son función de este cambio brusco que la caracteriza. Y su funcionalismo es bien patente. Y la solución de los problemas que sus accidentes plantearon a sus creadores, sencillamente correcta.

No cabe ninguna duda que las casas que jalonan la parte Noreste de la calle de la Iglesia, debieron ser por algún tiempo las que cerraban el pueblo por este lado asentándose sobre las últimas rocas de la montaña, y dando la espalda al llano que a continuación se extendía. Naturalmente se había elegido la parte más elevada de este llano para el trazado de la Acequia Madre, que, desde el río serpis venía bordeando los montes para no perder altura y poder extender al máximo el beneficio de su riego. Este trazado creó un problema para el futuro ensanchamiento del poblado, que se salvó con facilidad en aquellas partes de pendiente más suave, como la antigua calle de Las Tien-
das, pero que constituyó un duro escollo en

las de mayores desniveles, como en la calle de San Vicente, y en bastante mayor grado en nuestra calles de Las Moreras. En ambas se resolvió el problema del mismo modo, construyendo las casas de la parte alta con arranque al nivel de la bóveda de cubrición de la acequia, y las de la otra cara de la calle, sencillamente y con la misma ingenuidad de un niño, asentándolas sobre el nivel natural del terreno. No puede negarse la simplicidad, y mucho menos la lógica de esta solución, en unos tiempos de economías débiles y de ninguna preocupación de tipo urbanístico, máxime cuando el tráfico era escaso, primitivo y elemental en extremo y no implicaba fuertes dificultades.

Otro problema gravitaba sobre el trazado de la nueva calle y éste era también de mucha consideración. La excesiva altura, debido al brusco desnivel del terreno, del colosal edificio de la iglesia de Santa María en su parte posterior obligó con el fin de asegurar o al menos fortalecer su estabilidad, a la construcción de un contrafuerte que en la calle del Peligro es un simple muro de piedra en talud, pero que en la calle de Las Moreras, al reclamar un mayor ensanchamiento para la base de dicho contrafuerte por tener que contrarrestar el cuerpo del ábside del templo bastante más elevado que los cuerpos laterales de las sacristías, y que a su vez soporta parte de los empujes de la cúpula se transformó aquel muro de refuerzo en una especie de amplio y esbelto arbotante que es L'Obra, y de este modo salvar el cauce y el cajero de la acequia y obtuvieron la finalidad que se perseguía.

La solución, no sólo es de un admirable ingenio desde el punto de vista estático, sino

que arquitectónicamente queda todo resuelto con una sencillez y una elegancia tal, que la existencia de L'Obra, construida por necesidad o por prudencia fue una auténtica bendición, ya que además de ocultar a la vista la aridez del paramento vertical liso y de altura un tanto excesiva, y la inquietante presencia de una mole gigantesca, amenazadora en su voluminoso aspecto, que empujearía el resto de los edificios de la calle desproporcionando y destruyendo la armonía y la unidad del conjunto, se logra con ella y sus tres elegantes arcos apuntados, dos de paso y el tercero para iluminación y aligeramiento de la fábrica, y en su interior con su sobria decoración de sillería y sus tres bóvedas tabicadas de ladrillo el "obstáculo" más simpático que se hubiera podido desear para que la calle de Las Morenas viniera dotada, con el otro "obstáculo" de sus dos rasantes, de unas características tan singulares, que la convierten en única entre todas las calles de nuestra ciudad.

En un pasado próximo, gozó esta calle de un señalado prestigio por un particular señorío y destacada distinción que confir-

maban y custodiaban aquellas dos nobles mansiones, una en cada extremo como dos vigías: la casa de Orduña, hoy Centro Olivense, por un lado, y el caserón solariego de la familia Pascual, hoy asilo de Ancianos Desamparados, por el otro. Más allá la desaparecida casa prócer de Gabriel Ciscar. Hoy, alejada de la vida hirviente y bulliciosa, fruto de una época progresiva y "de nueva ola", continúa la calle de Las Morenas su vivir plácido y silencioso, guardando para sí, como en sueños de nostalgia, el secreto orgullo de su pasada primacía, un secreto bien callado por el temor de que los más, la tilden de ridícula, trasnochada y caducada, y quien sabe si además de estafermo y fachosa.

Luis Sancho Coloma*

Bachiller en el Instituto Nacional Segunda Enseñanza (Valencia.) Escuela Superior de Arquitectura de Barcelona. Premio "Marqués de Sotelo" 1962 de la Cámara Oficial de la Propiedad Urbana de la prov. de Valencia. para premiar el edificio técnicamente mejor resuelto durante cada año.

Text publicat en Iniciación a la historia de Oliva

EL ROSTRO DE OLIVA

Trataré de describir el primer recuerdo nítido de mi vida. Estoy quieto, en medio de una calle, y soy un niño que mira. Desde el plano en que me encuentro alzo los ojos a otro superior, en donde hay una niña que me está mirando, o quizá hablando. Debe ser al mediodía, por la intensidad, por la intensidad que tiene la luz. Esta escena vuelve a mí, como recuerdo de mi vida ya remota y mítica, a mis seis años, habitando en otra ciudad. Desconozco por qué ha quedado retenida con tanta fijeza, pero en aquellos tiernos años al oír el nombre de

Oliva, esta escena se identifica con el pueblo alejado. Tal recuerdo me otorga unos fabulosos orígenes, concede una profunda dimensión a mi vida infantil, me está determinando ya el primer paraíso perdido. La nación está en guerra consigo misma, pero el niño no piensa que aquel es un ámbito perdido, sino algo que su existencia habrá que recobrar. Mas ahora lo que importa señalar es la extrañeza del escenario; al niño le turba que, en un recuerdo tan delimitado y puro, se le presente un lugar tan enigmático. Detrás del plano superior, en donde está la niña, se alinean las casas; se

inferior, pisando también una calle, que no es la de arriba, y entre una y otra se levanta un muro que semeja ser alto, y en el que aparece como esculpida internamente una doble escalerilla que se abre, de abajo arriba, en forma de uve. Es como una pequeña y doble escalera hecha por la feliz imaginación de unos niños creadores. Si aquello es una calle, no se parece a ninguna de las que el niño ha conocido; y si para él aquella calle se identifica con Oliva, el pueblo donde ha nacido ha de ser único, distinto a todos los otros. Un pueblo donde las calles se quedan en el filo inestable de su mismo borde, descienden caprichosamente verticales, y luego se ensanchan nuevamente, con apacibilidad, para allí recobrar la segunda hilera de casas, es un pueblo con fantasía.

De aquella calle insólita, que pronto recobré para mi vida, el niño habrá de sentirse profundamente orgulloso; Azorín la vio, también en distanciado recuerdo, "larga, clara" (eran de Oliva sus amigos de Universidad; nos dirá con gratitud de ellos: "la compañía era un modelo de amistad y compañerismo"). Para mí no habrá calle con más intimidad que ese "carrer de les Moreres"; cada hombre guarda la suya, o quizá los peldaños del portalón de una casa, la vuelta de una esquina, una tapia larga de cal, o el reposo de una fuente urbana. Son lugares de nuestra propia mitología, y quisiéramos que nos sobrevivieran sin cambio, pues aparecieron en nuestra vida con la perfección que concede la mirada cuando ama. Mi calle ha iniciado ya su destrucción, cumpliendo demasiado pronto el destino implacable de la vida. Ésta quisiera ser una llamada al instinto de conservación que debemos tener para Oliva, como si se tratara de nuestro propio cuerpo, pues ella sólo tiene la defensa de nuestro amor y de nuestro entendimiento. Y nunca deberíamos entregarla ni más mancillada ni con más impersonalidad de cómo la recibimos. (Pags. 17 y 18)

Descendemos así a la calle de les Moreres, en cuyo principio y final podíamos encontrar, hasta ayer mismo, y con cierta integridad exterior, dos casas blasonadas:

el viejo Asilo y el actual Centro Olivense. Pasada la mitad de esta calle, en la que aún se encuentran algunas casas de balcón corrido, se nos evidencia a la derecha, y sobre el nivel superior de la calle, el poderoso y alto contrafuerte de piedra que en forma de sombreado pasadizo, sostiene el ábside de la iglesia desanta María. Llegamos después a la plaza de la Bassa, de recoleta intimidad, pero ya despojada sin remisión del más mínimo carácter arquitectónico. El nombre nos indica la imagen que tiempo atrás, ofrecería el lugar. Recordemos que el nivel superior de la calle de les Moreres ocultaba la acequia, agua que aquí hallaría su esparcimiento antes de ser aprovechada su fuerza motriz por el molino harinero y el ingenio (enginy) de azucar. (Pags.26-27)

Oliva posee un marcado carácter personal, tanto en el trazado de sus calles, como en el mantenimiento de la edificación tradicional de sus casas populares. Sólo si nuestra sensibilidad y nuestra voluntad las acordamos con los intereses más profundos de Oliva, que no son otros que la de permanecer lo más íntegramente posible, en su salvada personalidad, habremos cumplido nuestro mejor servicio para con ella. Respetemos la afortunada labor del tiempo, que nos ha entregado unas calles trazadas con gracia y sorpresa, y estimemos en lo que vale, que es mucho, el estilo popular de las casas. No es difícil amar la teja, la cal, la madera de las puertas, el hierro de las rejas; los seculares componentes de la presencia exterior de nuestras viviendas. Poca será cuanta vigilancia ejercitemos para no transformar aquello que no lo exige, y que al desnaturalizar el pueblo nos desnaturaliza a nosotros mismos. Se trata tan sólo de evitar transformaciones ociosas y, a la postre, catastróficas. (Pags.30-31)

Francisco Brines Bañó*

*Poeta